

## LEER EL ANTIGUO TESTAMENTO: ¿CURIOSIDAD, ESCANDALO O CAMINO DE PAZ?

FERNANDO IBAÑEZ

Si frente a las armas descritas en el artículo de Luis González Carvajal, en este mismo número de *Teología y Catequesis*, colocáramos las hondas, espadas, lanzas y hasta los «terribles» carros y caballos de los que nos habla el Antiguo Testamento, concluiríamos fácilmente la inutilidad de cualquier intento de confrontación bélica. Un sentimiento de inutilidad semejante podemos notar al acercarnos a los viejos textos en busca de alguna orientación de nuestra tarea actual de paz.

Por otra parte, tanto el documento *Constructores de la Paz* como, más ampliamente todavía, los de la conferencia episcopal de Alemania y EE.UU. nos aportan una muy buena síntesis pastoral del mensaje veterotestamentario sobre la guerra y la paz. Mensaje estudiado con rigor y abundancia en la teología bíblica actual<sup>1</sup>.

Si a esto añadimos que el eco de las múltiples batallas que nos llega desde los libros veterotestamentarios hace sentir un cierto desconcierto y no menor desazón a los que percibimos la llamada pacificadora de Jesús de Nazaret, podemos entonces concluir que el conocimiento de los datos del Antiguo Testamento sobre guerra y paz puede ser interesante como curiosidad histórica, pero poco útil para hacer hoy caminos de paz.

Sin embargo, es este ruido de guerra en el texto bíblico el que puede resultar iluminador de una tarea que sabemos tener que realizar mientras resuena cada día la noticia de nuevas confrontaciones armadas y de muertes violentas. Los sofisticados armamentos no han traído paz. Y por tanto se hace cada vez más necesario el preguntarnos cómo educar para la misma<sup>2</sup>.

1 Cf. N. Lohfink, 'Il Dio violento dell'Antico Testamento e la ricerca d'una società non violenta', *La Civiltà Cattolica* 135/2 (1984) 30-48 y la bibliografía citada en el mismo.

2 I. Camacho, '¿Adherirse a bloques o educar para la paz?', *Sal Terrae* (diciembre 1981) pp. 847-56.

Desde esta perspectiva nos acercamos al Antiguo Testamento. No trata- mos, por tanto, de hacer un análisis riguroso de los múltiples textos y de las diversas cuestiones que cada uno de ellos plantean. Partimos de los datos básicamente aceptados en la investigación bíblica y los reagrupamos desde la óptica de una pedagogía de la paz.

Veremos, en primer lugar, cómo el hecho de acercarnos y de escuchar adecuadamente el texto bíblico es en sí mismo creador de actitudes para la paz y, en una segunda parte, recapitularemos las dimensiones de la paz en el Antiguo Testamento y los cauces educativos que nos marcan.

### 1. EL SEÑOR TE MUESTRE SU ROSTRO (Nm 6, 26)

«La iglesia se compromete gustosamente a fomentar todo diálogo ver- dadero de paz ... Ante todo quiere educar las conciencias para la apertura a los demás, el respeto al otro, la tolerancia, que va siempre acompañada de la búsqueda de la verdad y la solidaridad»<sup>3</sup>.

Las actitudes enumeradas en el texto de Juan Pablo II son obviamente necesarias para construir paz, pero lo son también para hacer una lectura adecuada del Antiguo Testamento. Necesitamos poner en juego la apertura y el respeto, la tolerancia y la solidaridad.

#### A) *Apertura y respeto*

En nuestra tradición católica española, el texto del Antiguo Testamento no ha tenido hasta el Concilio demasiada buena prensa. Es cierto que ya son pocos los que preguntan si es pecado leerlo, pero resulta difícil todavía escuchar una homilía que utilice la primera lectura o una celebración que cuide el salmo responsorial. Sin embargo, es cierto que una mayor divul- gación de la Liturgia de las Horas y el esfuerzo de la catequesis por hacerse más bíblica han hecho posible una mayor apertura al Antiguo Testamento. En algunos casos la apertura y el encuentro han provocado una reacción semejante a la de quien descubre su parentesco con un personaje poco pre- sentable en su círculo habitual. En torno a nuestro tema, en concreto, abrimos al Antiguo Testamento resulta gozoso cuando podemos aplicar a Jesús el título mesiánico de Príncipe de la Paz, pero no sabemos qué hacer con el Dios guerrero<sup>4</sup> del mismo versículo. La lectura del Dt 20, 10 comienza

<sup>3</sup> Juan Pablo II, 'Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede', 11-1-86 (n. 12).

<sup>4</sup> 'El Gibbōr. Podemos suavizar el título traduciendo: «Dios fuerte», como hace la traducción francesa TOB. De todos modos, el contexto alude con claridad a la fuerza del héroe, del guerrero. Lo mismo sucede en otros lugares donde se emplea: Is 10, 21; Dt 10, 17; Jr 32, 18; Sal 24, 8.

bien: «Cuando te acerques a atacar la ciudad, primero propónle la paz», pero su continuación nos sorprende y asusta:

«Cuando te acerques a *atacar una ciudad*, primero propónle la paz. Si ella te responde "Paz" y te abre las puertas, todos sus habitantes te servirán en trabajos forzados; pero si no acepta tu propuesta de paz, sino que mantiene las hostilidades, le pondrás sitio, y cuando el Señor la entregue en tu poder, pasarás a cuchillo a todos sus varones. Las mujeres, los niños, el ganado y demás bienes de la ciudad los tomarás como botín, y comerás del botín de los enemigos que te entregue el Señor, tu Dios.

Lo mismo harás con todas las ciudades remotas que no pertenecen a los pueblos de aquí. Pero en las ciudades de estos pueblos cuya tierra te entrega el Señor, tu Dios, en heredad no dejarás un alma viviente: dedicarás al exterminio a hititas, amorreos, cananeos, fereceos, heveos y jebuseos, como te mandó el Señor, para que no os enseñen a cometer las abominaciones que ellos cometen con sus dioses y no pequéis contra el Señor, vuestro Dios.

Si tienes que sitiar largo tiempo una ciudad antes de tomarla al asalto, no destruyas su arbolado a hachazos, porque podrás comer de sus frutos; no los tales, porque los árboles no son hombres para que los trates como a los sitiados. Pero si te consta que un árbol no es frutal, lo puedes destruir y talar, para construir con él obras de asedio contra la ciudad que te hace la guerra, hasta que caiga».

Es posible que la belleza del salmo 137 nos atraiga, quizá aliente nuestro deseo y la esperanza de la Jerusalem celeste, pero la voz se nos quiebra en el último versículo: «¡Quién pudiera agarrar y estrellar tus niños contra las piedras!».

Sentimientos personales, relaciones entre pueblos, imágenes de Dios, todo parece alejarnos del texto bíblico. Por fidelidad a la enseñanza de la Iglesia es posible que decidamos mantenernos abiertos, pero ahí puede acechar una tentación más sutil: mutilar el texto, recoger sólo algunos fragmentos y dejar el resto en la penumbra.

Es obvio que se necesita una aproximación pedagógica al texto bíblico y es evidente que no todos los textos tienen la misma fuerza ni la misma actualidad. La supresión de los últimos versículos del salmo 137 en los textos litúrgicos tiende a facilitar la oración. Pero sería faltar al respeto debido a la Palabra de Dios el olvidar la existencia de ese final. Los textos antes citados u otros semejantes pueden resultarnos molestos, pero están ahí y deben ser escuchados con atención.

La tentación de negar o dejar en la sombra parte del texto es semejante a la que podemos sentir ante otras personas u otros pueblos con quienes la relación nos resulta difícil.

Practicamos, a veces, una falsa comprensión consistente en comprender a alguien que no existe, que no es real. No es buen camino el no respetar al otro en su totalidad. Ante el texto bíblico, como ante las otras personas, debemos ser conscientes de nuestros sentimientos, de nuestro posible rechazo. Tenemos derecho a sentir lo que sentimos. Podemos expresar nuestra incapacidad de seguir abiertos, pero si queremos hacerlo tendremos que seguir preguntándonos quién es, cómo es este otro que tengo frente a mí y cómo es en su totalidad.

B) *Tolerancia que busca la verdad*

Esto supone una actitud tolerante y comprensiva. Pero aquí también se hace presente la tentación de falsear la relación. Podemos, en determinados momentos, sentirnos generosos y «disculpar» al prójimo. Esto tiene la gran ventaja de hacernos sentir jueces importantes y fuertes que pueden culpar y, al mismo tiempo, bondadosos y benévolos, puesto que disculpamos. La manipulación, más o menos inconsciente, que está detrás de esta postura es manifiesta. No hay tolerancia auténtica sin búsqueda honesta de la verdad del otro, sin un esfuerzo serio por conocerle en su totalidad y en su circunstancia.

La lectura del Antiguo Testamento exige este esfuerzo de comprensión y se hace así educativa. No basta el fácil y rápido recurso al «género literario» o a la diferencia de épocas, para responder a los interrogantes que los textos nos plantean. Necesitamos un esfuerzo más serio para reconocer las diferencias entre los diversos libros y tradiciones veterotestamentarias, sus épocas de composición, el contexto histórico en que surgen, etc. No es nuestro objetivo hacer ahora este trabajo, pero podemos, a modo de ejemplo, aproximarnos con algo más de atención a los textos antes citados:

«Aquel día, el resto de Israel, los supervivientes de Jacob, no volverán a apoyarse en su agresor, sino que se apoyarán sinceramente en el Señor, el Santo de Israel. Un resto volverá, un resto de Jacob, al Dios guerrero» (Is 10, 20-21).

La conversión al Dios guerrero se hace desde el apoyo anterior en el agresor. El conocimiento que de Dios tiene Israel y el profeta está condicionado necesariamente por el contexto violento en que se desenvuelve su vida<sup>5</sup>. Pero lo mismo que al usar el nombre de «Señor de los ejércitos», el Antiguo Testamento no proyecta simplemente sobre Dios la violencia en que vive y que padece. Dios Guerrero y Príncipe de la Paz no son contradictorios ni separables. Ambos se unifican en la justicia y el derecho. Por eso, Jeremías podrá decir:

5 N. Lohfink, art. cit.

«No se gloríe el soldado de su valor guerrero, no se gloríe el rico de su riqueza; quien quiera gloriarse, que se gloríe de esto: de conocer y comprender que soy el Señor, que en la tierra establece la lealtad, el derecho y la justicia y se complace en ellas» (Jr 9, 22 ss).

No se trata, con estas observaciones, de explicar los textos. Nos siguen resultando distantes y extraños. También nosotros conocemos a Dios condicionados por nuestra sociedad. El encuentro con estos textos no debe ser una invitación a apuntarnos a milicias o guerrillas, pero sí una llamada a reconocer en Dios a aquél que se compromete con el pobre y afligido y con quien no tiene protector.

Pese a lo dicho anteriormente, el texto de Dt 20, 10, antes citado, y la primera parte de ese mismo capítulo<sup>6</sup>, ¿no testimonian la presencia de una sacralización de la guerra, de una guerra santa? La expresión «guerra santa» no aparece nunca en el Antiguo Testamento, pero el texto de Dt 20 y otros semejantes sí nos permiten hablar de ella como antigua institución de Israel<sup>7</sup>.

El texto es tardío: en la época de Josías han desaparecido las condiciones que permiten realizar una «guerra santa», pero, precisamente por eso, nuestro capítulo nos aporta una especie de definición de sus características esenciales. Los datos pierden peso histórico pero ganan claridad conceptual.

Siguiendo el texto podemos señalar algunos rasgos de esta «guerra santa»<sup>8</sup>:

a) «El que hizo salir de Egipto» es el que está con el pueblo, pelea por él, combate por su causa. De ahí la reiterada invitación a no temer, a esperar en silencio (Ex 14, 14; Dt 1, 30; Jos 10, 42; 23, 10). Más aún,

6 «Cuando salgas a *combatir* contra tus enemigos, y veas caballos, carros y tropas más numerosas que las tuyas, no los temas, porque está contigo el Señor, tu Dios, que te hizo subir de Egipto. Cuando vayas a entablar combate, se adelantará el sacerdote para arengar a la tropa, y les dirá: 'Escucha, Israel, vosotros presentáis hoy batalla al enemigo; no os acobardéis, no temáis, no os turbéis, no os aterricéis ante ellos, porque el Señor, vuestro Dios, avanza a vuestro lado, luchando a favor vuestro contra vuestros enemigos para daros la victoria'.

»Después hablarán los alguaciles a la tropa: 'Quien haya edificado una casa y no la haya estrenado, que se retire y vuelva a su casa, no vaya a morir en combate y la estrene otro'. 'Quien haya plantado una viña y no la haya vendimiado todavía, que se retire y vuelva a casa, no vaya a morir en combate y la vendimie otro'. 'Quien esté prometido a una mujer y no se haya casado todavía, que se retire y vuelva a casa, no vaya a morir en combate y otro se case con ella'.

»Los alguaciles añadirán a la tropa: 'Quien tenga miedo y se acobarde, que se retire y vuelva a casa, no vaya a contagiar su cobardía a sus hermanos'.

»Cuando los alguaciles hayan terminado de arengar a la tropa, se nombrarán jefes al mando de la tropa.

7 R. de Vaux, *Instituciones del Antiguo Testamento* (Barcelona 1964) pp. 346, 357.

8 Conviene advertir sobre el equívoco que puede provocar el uso que el Islam hace de esta expresión.

es Dios mismo quien «entrega a los enemigos» (Jue 3, 28; Jos 2, 24; 6, 2-16), quien envía un «terror que desbarata» (Ex 23, 27).

b) La victoria es, por tanto, del Señor y esto se pone más de manifiesto ante la desproporción de fuerzas: frente a carros y tropas más numerosos no es necesario reclutar a demasiada gente (Jue 7); pueden quedar fuera de la leva los que deban estrenar casa, vendimiar, casarse y todos los cobardes.

c) Si la victoria es de Dios, el botín le pertenece. A él debe ser consagrado. Las normas sobre el «herem», sobre el exterminio, tienen este carácter de consagración a Dios<sup>9</sup>.

d) El pueblo acude al auxilio del Señor (Jue 5, 4-23) porque es el Señor quien guerrea y avanza.

Estos rasgos de la guerra santa aparecen, básicamente, en las guerras defensivas de la época de los Jueces y en el reinado de Saúl. También corresponden a la tradición de la conquista de la tierra, aunque la narración del libro de Josué los haya exagerado.

Es interesante notar cómo el movimiento profético se constituye en custodia de esta tradición y del ordenamiento patriarcal de la guerra santa. No quiere esto decir que sean los profetas quienes transmiten un espíritu belicoso. Por el contrario, los verdaderos profetas se enfrentan a las decisiones guerreras (1 Re 22, 19-28) y se muestran en tensión con la confianza cada vez mayor en el arte de la guerra (2 Re 2, 12; 13, 14). Su palabra, como en el caso de Isaías, va dirigida a recordar que el Señor es el que salva la ciudad (Is 37, 33-35), y de ahí la crítica a los pactos militares (Is 31, 1-6; Os 14, 2-10); la invitación a tener fe (Is 7, 4-9); la reserva frente a los presupuestos para la defensa (22, 9-11).

Y es en esta tradición profética donde aparece con más claridad un rasgo de la guerra santa que debe ser subrayado: Israel no lucha por su Dios, lucha por su existencia y descubre ahí que Dios está con él. Los profetas ponen de manifiesto qué es lo que impide la existencia de Israel como pueblo y por esto, paradójicamente, muestran a Dios que lucha contra Israel y describen esta guerra con la misma terminología de la guerra santa: es «el Señor en persona quien lucha contra Israel», quien «entrega su pueblo a sus enemigos», el que «hirió con mano extendida y brazo fuerte» (Jr 21, 4-10; 6, 4-7.13; Is 5, 8-16; Am 2, 14-16). No hay existencia posible

9 Notemos de paso cómo esta consagración al «exterminio», lejos de incitar a la guerra, es un freno para la misma. El no poder quedarse con los bienes del enemigo impide que la ambición motive a los guerreros. Lo mismo que la ley del talión no es una llamada a la venganza, sino una exigencia de moderarla y equilibrarla. A la vista de cómo se instalan en las viejas instituciones los que lucharon contra ellas y de cómo entiende el presidente Reagan la defensa del terrorismo, cabe preguntarse si estas viejas leyes están superadas o necesitan reeditarse.

para el pueblo cuando no se madruga para hacer justicia ni se libra al oprimido del opresor (Jr 21, 11-22, 9).

De nuevo las largas explicaciones no pretenden dejar todo claro ni disculpar al Espíritu que en estos textos se hace presente. Sólo son muestra de cómo necesitamos buscar la verdad del otro con atención y empeño. Y buscarla no para quedarnos satisfechos de lo que hemos comprendido, sino para ponernos en camino con el otro; para, solidariamente, dar pasos hacia una realidad mejor.

### C) *Solidaridad*

Los textos a los que estamos refiriéndonos hacen ver cómo en el Antiguo Testamento están presentes «elementos imperfectos y pasajeros» que son, según la *Dei Verbum*, signos de la «condescendencia de Dios y de la pedagogía divina» (DV 13.15). La Palabra que se hace historia y que hace historia está sujeta a la imperfección del acontecer humano y sólo de esta manera se hace Palabra de Salvación. Los textos resultan así no unas normas eternas, sino una continua invitación a implicarnos en nuestra historia, asumiendo la cruz, el riesgo, la imperfección de la misma. Frente a la permanente tentación de nuestros perfeccionismos, ante la obsesión por no mancharnos las manos, nuestro Dios no tiene inconveniente en resultar con las manos sucias por haberlas tendido hacia el hombre.

Cuando, ante la última barbarie de que nos enteramos, sentimos rabia, frustración y deseo de acabar con los culpables, podemos recordar cómo el salmo 137 nos muestra que, desde ahí, también es posible orar y que, por tanto, desde ahí podemos descubrir que también nuestro camino se desvía (Sal 139, 22-24) y que necesitamos discernir el camino recto <sup>10</sup>.

Todo el Antiguo Testamento testimonia esta búsqueda del camino de la paz. La alianza, la solidaridad, son las que hacen posible el camino. Desde ahí es comprensible el Antiguo Testamento. Como sólo desde ahí comprendemos al otro, dejándonos cuestionar por él y emprendiendo con él una nueva andadura <sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Resulta curioso notar cómo grupos y comunidades que sienten gran alivio por la supresión de los versículos aludidos del salmo mantienen con toda tranquilidad posturas favorables a la pena de muerte y repiten sin ningún reparo los tópicos cargados de prejuicios y odio, contra otros pueblos y grupos sociales.

<sup>11</sup> «Brevemente, diálogo es toda aquella forma de actividad humana que, al defender sus ideales o sus intereses, tiene siempre presente, acogiéndolo como si fuera suyo, el punto de vista de los otros. Esto es lo que da pie a una actitud dialogante.

Un gran científico, además de gran cristiano, nos hablaba, hace tres años, en El Escorial, del amor a los enemigos, diciendo que cuando uno tiene adversarios o enemigos, si es cristiano, tiene que preguntarse: ¿por qué me odia el otro? ¿Le estoy dando yo motivos? ¿Qué imagen tiene el otro de mí? ¿Qué le impulsa a tenerme odio o miedo? ¿Podría evitar yo esa mala imagen, comportándome de otra manera? He aquí un ejemplo concreto de cómo defender los propios intereses e ideales»: A. Alvarez Bolado, 'Los cristianos y la lucha por la paz', *Noticias obreras*. Cuaderno 6 (mayo 1984) p. 58.

Podemos parafrasear la primera carta de Juan: quien dice escuchar a Dios a quien no ve, y no escucha al hermano que ve es mentiroso. Leer los textos del Antiguo Testamento lleva a escuchar la Palabra encarnada en los textos lejanos que nos piden respeto, búsqueda de su sentido y ponernos en camino. Lo mismo que nos piden un sincero acercamiento al otro. No es, por tanto, tiempo perdido el dedicado a introducirnos en uno u otro texto ni el análisis cuidadoso de los mismos. Pero no podremos tampoco comprender, a pesar de los análisis, sin fomentar en nosotros la apertura, el respeto, la tolerancia y la solidaridad con el hermano.

La bendición se hace así realidad: el Señor nos muestra su rostro. A través del desconcierto y la sorpresa vislumbramos su radiante cercanía y su piedad.

## 2. Y TE CONCEDE LA PAZ (Nm 6, 26)

Buscando el rostro del Señor, prestando atención a su voz, podremos descubrir que es Dios de paz y no de aflicción. Hemos subrayado las actitudes que nos permiten llegar a ese mensaje e intentar superar los obstáculos para su comprensión en el Antiguo Testamento. Queremos ahora recordar los rasgos más significativos del anuncio veterotestamentario de la paz señalando cómo pueden iluminar nuestra tarea educativa.

El sustantivo «paz», *shālōm*, aparece 237 veces en el Antiguo Testamento. Una visión rápida de unas concordancias o de un diccionario teológico nos informará de su distribución por la práctica totalidad de los libros y de la riqueza de su significado. La consulta a esos instrumentos de trabajo se hace necesaria si queremos ser consecuentes con lo dicho en la primera parte de este artículo y preparar con seriedad una catequesis o una homilía. No vamos a hacer un resumen de lo dicho en esas obras. Vamos, sin embargo, a utilizar una larga cita de un texto rabínico, cuya primera edición es del siglo II d.C.<sup>12</sup> Lo usamos no tanto por su belleza cuanto por la actitud de escucha de la Palabra que se manifiesta en el texto. Los métodos de lectura son muy distintos de los nuestros, pero cercanos a los del Antiguo Testamento, y nos pueden ayudar a comprender algunos pasajes del mismo, como Ef 2, 11-21 o 6, 11 ss. Por otra parte, la reproducción de este texto puede ser útil también para superar prejuicios y hacer paz con hermanos en la misma fe de Abraham:

<sup>12</sup> *Sifre Números*, 2. Agradezco a Miguel Pérez Fernández el avance de la traducción de este texto y las notas correspondientes. El *Sifre Números* se publicará próximamente en la Biblioteca Midrásica de la Institución S. Jerónimo.



«Y te conceda la paz»: Paz en tus entradas, paz en tus salidas, paz con todo hombre. R. Jananyah, prefecto de los sacerdotes, decía:

—Y te conceda la paz en tu casa.

R. Natán decía:

—Esta es la paz del reino de la Casa de David, según está dicho: «Para dilatar el principado con una paz sin límites» (Is 9, 6).

Otra interpretación: Es la paz de la Ley, según está dicho: «YHWH da fuerza a su pueblo, YHWH bendice a su pueblo con la paz» (Sal 29, 11)<sup>13</sup>. ¡Grande es la paz!, que consiguió transformar la actuación de Sara según está dicho: «Y yo ya soy vieja» (Gn 18, 13)<sup>14</sup>. ¡Grande es la paz!, que consiguió cambiar al Santo por causa de la paz<sup>15</sup>. ¡Grande es la paz!, que consiguió cambiar a un ángel por causa de la paz<sup>16</sup>.

R. Eleazar decía: ¡Grande es la paz!, pues los profetas han puesto la paz en boca de toda la creación.

R. Simón ben Jalafta decía: ¡Grande es la paz!, pues sólo la paz es el vaso que contiene la bendición, como está dicho: «YHWH da fuerza a su pueblo, YHWH bendice a su pueblo con la paz» (Sal 29, 11).

¡Grande es la paz!, que incluso en la hora de la guerra es necesaria la paz, según está dicho: «Cuando te acerques a atacar una ciudad, primero propónle la paz» (Dt 20, 10). «Desde el desierto de levante despaché mensajeros a Sijón rey de Jesbón con propuestas de paz» (Dt 2, 26); Jefté despachó unos emisarios al rey de los ammonitas con esta embajada: ¿Qué te he hecho yo para que vengas contra mí a hacer la guerra a mi país? El rey de los ammonitas contestó a los emisarios de Jefté, etc.» (Jue 11, 12-13). ¿Qué contestó?: «Ahora devuélmelo en paz» (ibid.).

¡Grande es la paz!, pues incluso los muertos necesitan la paz según está dicho: «Te reunirás con tus padres en paz» (Gn 15, 15). Y también: «En paz morirás, y al igual que quemaron perfumes por tus padres...» (Jr 34, 5).

¡Grande es la paz!, pues se concede a los que se convierten, según está dicho: «Crearé en sus labios este canto»: paz al lejano, paz al cercano» (Is 57, 19).

¡Grande es la paz!, pues se da como herencia a los justos según está dicho: entrará en la paz y descansará sobre sus lechos» (Is 57, 2). ¡Grande es la paz!, pues no se da como herencia a los malvados, según está dicho: «No hay paz para los malvados, dice YHWH» (Is 57, 21).

13 Supone la identificación de «fuerza» con ley.

14 Gn 18, 12: Sara dice: Abraham ya es viejo. Dios cambia el dicho de Sara en favor de la paz matrimonial.

15 1 Sm 15, 1-2.

16 Jue 13, 3-7.

¡Grande es la paz!, pues se da a los que aman la ley, según está dicho: «Mucha paz tienen los que aman tus leyes» (Sal 119, 165). ¡Grande es la paz!, pues se da a los que estudian la Ley, según está dicho: «Todos tus hijos serán discípulos de YHWH, gran paz tendrán tus hijos» (Is 54, 13).

¡Grande es la paz!, pues se da a los humildes según está dicho: «Mientras los humildes poseerán la tierra disfrutarán de paz abundante» (Sal 37, 11). ¡Grande es la paz!, pues se concede a los que hacen justicia (šedaqah = limosna), según está dicho: «La obra de la justicia será la paz» (Is 32, 17).

¡Grande es la paz!, pues Paz es llamado el nombre del Santo, bendito sea, según está dicho: «Y le llamó YHWH de la paz» (Jue 6, 24).

¡Grande es la paz!, pues pesa tanto como toda la obra de la creación, según está dicho: «Artífice de la luz y creador de las tinieblas, el autor de la paz» (Is 55, 7).

¡Grande es la paz!, pues los ángeles de las alturas necesitan la paz según está dicho: «Dios tiene un poder que sobrecoge e impone paz, en su altura»<sup>17</sup>.

Aquí hay materia para una deducción de lo menos a lo más: Si donde no hay enemistad, rivalidad, odio y guerra se necesita la paz, ¡cuánto más dónde existen tales cosas!».

La cita ha sido larga pero este empedrado de textos es un buen reflejo de los múltiples significados del «shālōm» bíblico. Siguiendo el texto rabínico podemos proseguir nuestra reflexión en torno a cuatro grandezas de la paz: Grande es la paz que supera la violencia. Grande es la paz que brota de la justicia. Grande es la paz que integra los deseos. Grande es la paz, pues sólo El es nuestra Paz.

#### A) *De la violencia a la paz*

«Sin futuro no hay esperanza. Quien ve cerrarse las ventanas del horizonte por el fantasma del paro, el desempleo y la imposibilidad de encontrar un trabajo, no puede sino almacenar desesperanza y pesimismo ... La paz, por consiguiente, pasa por una organización social que proporciona esperanza y razones para vivir».

«Argumentar sólo con la angustia produce oídos insensibles. La educación para la paz sólo podrá tener continuidad si está sostenida por la esperanza: Dios conducirá al mundo a su meta»<sup>18</sup>.

Y una esperanza que se ve ya no es esperanza. El lector del Antiguo Testamento escucha la invitación a «no temer» justo cuando todo parece perdido. La fórmula «no temas» que forma parte del ritual de la guerra

<sup>17</sup> Nm 6, 24-26.

<sup>18</sup> J. M. Mardones, 'Elementos para el «sueño» de un mundo en paz. Utopía concreta', *Sal Terrae* (diciembre 1981) p. 864.

santa<sup>19</sup> no es una incitación a la violencia ni una llamada a la agresividad bravucona. Al contrario: frente a la agresividad y la fuerza desbordante del adversario, ante el sentimiento de impotencia que tiende a sacralizar la violencia<sup>20</sup>, el «no temas» abre a la esperanza, critica el valor de los carros y caballos. Por esto quien ha descubierto que el Señor es «escudo y gloria», puede decir «no temo» (cf. Sal 3; 23; 27; 46; 56; 118). La respuesta de estos Salmos indica algunas pistas en la tarea de educar para la paz: a) La realidad no es negada sino reconocida con toda su violencia, agresividad, injusticia. b) Los propios sentimientos de agresividad, la tentación de confiar en las armas, etc., son también puestos de manifiesto. c) La experiencia del Dios de los humildes y de los pobres pone en camino hacia el reconocimiento de la propia dignidad y de la falsedad inconsistente de la opresión. d) Este proceso no está exento de ambigüedad, pero hace caminar hacia una situación nueva y más pacífica.

Frente a la tendencia de algunos educadores cristianos a hablar de la paz olvidando el contexto histórico en que proclaman su mensaje, la lectura del Antiguo Testamento nos obliga a convertirnos a la realidad. No es a los ángeles a quienes se invita a la paz. Es a los hombres violentos a quienes se dirige este mensaje. Por esto resultará siempre ambiguo: «Acostumbrados a vivir en un clima de injusticia y de violencia, las grandes palabras, como paz, justicia, solidaridad, quedan adulteradas y vacías de sentido»<sup>21</sup>. Pero, a pesar de eso, siguen haciendo posible que en ellas se encarne la Palabra infinita. El clima de injusticia, al que alude el texto de la Permanente de nuestro episcopado, no es sólo de hoy, ni sólo de algunos pueblos. Es de todos los pueblos, de todas las épocas y también del interior de la Iglesia. Educar para la paz exige reconocer esto con realismo. La esperanza sabe descubrir en esta realidad «los pies del heraldo que anuncia la paz» (Is 52, 7) y notar que algo nuevo está brotando en la tierra donde antes dominaba la «tropa con sus valientes» (Is 43, 18-19).

### B) *La justicia y la paz se besan (Sal 85)*

Por eso la esperanza no queda infecunda, ni se reduce a espera pasiva. Por esto el Dios que dice «no temas» es el mismo que advierte a los que «sólo buscan medrar» que es falso hablar de paz, donde domina la opresión (Jr 6, 6.13-14).

Es fácil multiplicar textos en los que paz y justicia muestran ser inseparables. Si en unos puede prevalecer una relación más poética, en otros se

<sup>19</sup> Conferencia de Iglesias Europeas (Moscú, mayo 1983): citado por A. Alvarez-Bolado, *Sal Terrae* (junio 1983) p. 490.

<sup>20</sup> Ex 14, 13; Dt 1, 21-28; 3, 2-22; 20, 1-3; 31, 6-8; Jos 8, 1; 10, 8-25; 11, 6; Is 7, 4; Neh 4, 8; 2 Cor 20, 15-17; 32, 7.

<sup>21</sup> J. M. Fdez. Martos, 'Mecanismos psicológicos de la sacralización de la violencia', *Sal Terrae* (mayo 1980) pp. 349-61.

subraya la profunda unidad: «la obra de la justicia será la paz» (Is 32, 17). El salmo 85 asocia salvación, lealtad, fidelidad y justicia con la paz anunciada. Como luego veremos, el carácter integrador del shālōm se pone ahí de manifiesto. Y, por otra parte, cada uno de estos términos está preñado de sentidos que una simple traducción no puede transmitir.

Sucintamente recordada la vinculación entre la justicia y la paz, ¿qué podemos concluir de ella para la tarea educativa de hoy?

En primer lugar, proclamar que no somos simples pacifistas sino combatientes por la paz<sup>22</sup>. Y que este combate debe llevar a analizar las causas de nuestras tensiones. El texto del Antiguo Testamento no sacraliza la guerra; al contrario, muestra cómo la opresión y la injusticia están en sus orígenes y por eso exigen justicia. El combate por la paz requiere que salgamos de las simples discusiones sobre bloques y armamentos para poner de manifiesto que

«mientras las grandes potencias del mundo acaparan los recursos de la humanidad para defender sus privilegiadas posiciones, los países más pobres se ven privados de lo más indispensable para vivir»<sup>23</sup>.

En segundo término, recordar lo ya dicho a propósito de la guerra santa. Como Israel tenemos derecho a luchar por nuestra existencia, a exigir justicia. En esta lucha Dios se hace presente. Y esta presencia pide una continua conversión al derecho y la justicia; al oprimido y al que no tiene defensor. El propio derecho no queda sacralizado. Dios no justifica mi batalla.

Tampoco el derecho o la justicia aparecen como dioses supremos a quienes se sacrificarían las necesarias víctimas.

«Los profetas no hablan de una relación divina con un principio o idea absoluta llamada justicia... La justicia no es importante por sí misma; existe en relación con la persona... ¿Cuál es la imagen de una persona? Es un ser cuya angustia puede llegar al corazón de Dios»<sup>24</sup>.

Al educar hombres críticos, que buscan discernir cómo hacer la paz, cómo compaginar el propio derecho con el de otras personas y otros pueblos, el rostro de Dios, que siente ternura por cada uno de sus hijos, debe hacerse presente. Un rostro de Dios a quien los viejos textos llaman guerrero y que ahora podemos reconocer como «comprometido» (Is 11, 1-9; Jr 22, 13, 17).

22 A. Alvarez-Bolado, 'Los cristianos y la lucha por la paz', *Noticias Obreras* 6 (mayo 1984).

23 *Constructores de la Paz*, 1-3.

24 A. J. Heschel, *Los profetas*, II, 105 citado por J. L. Sicre, *Con los pobres de la tierra* (Madrid 1984) p. 453.

C) *Les revelaré un rebose de paz (Jr 33, 7)*

Quizá ningún capítulo del Antiguo Testamento como el 33 de Jeremías para entender cómo la paz rebosa bienes y unifica deseos:

«Perdón, gozo, alabanza, voz alegre y gozosa, voz de novio y novia, el canto de acción de gracias, majadas de pastores que recogen sus ovejas...».

Todo está contenido en el anuncio de la paz.

Junto a la justicia y la paz que se besan, el salmista contempla al Señor que «da la lluvia, y la tierra que da su cosecha» (Sal 85, 13). Y cuando la palabra profética se tensa y señala el horizonte último, la alianza nueva, la alianza de paz, se describe el bienestar escatológico incluyendo todas las dimensiones del hombre (Ez 34, 24-30; 37, 4-26; Is 2; Miq 4, 5).

Por esto

«pedimos a los padres y educadores que sepan ofrecer a sus hijos y a sus alumnos una visión íntegra de la fe en Dios y de la caridad fraterna, con sus mutuas y esenciales vinculaciones, ayudándoles a descubrir y practicar sus valores dentro de sus propias circunstancias: el diálogo, la paciencia, la verdad, la justicia, el perdón, el respeto, el amor, la solidaridad, la colaboración, el trabajo y la fiesta».

«Esperamos de los intelectuales que ofrezcan a la sociedad valores éticos y nuevos horizontes que estimulen a salir del egoísmo insolidario y fomenten un mundo más fraterno, más pacífico, más creativo, más sobrio y laborioso, más festivo y humano»<sup>25</sup>.

D) *El es nuestra Paz (Ef 2, 14)*

Verdaderamente es grande la paz. Leer el Antiguo Testamento es aprender a dejar abierto y tenso el deseo. Aprender a mirar con alegría la llegada justa, victoriosa, humilde, de quien destruye las armas de guerra y dicta paz a las naciones (Zac 9, 9-11).

Que la paz es Dios mismo que en Cristo muestra su radiante bondad es algo que confesamos con facilidad. Que la paz es don lo sabemos, pero no siempre educamos para recibirlo, para, gratuitamente, dejarse querer. Y sin esto no hay paz cristiana.

Resulta curioso y triste el reconocer cómo en muchas comunidades al recitar el «Gloria» se introduce un ligero cambio: no es el amor del Señor quien concede la paz sino los que aman al Señor los que parecen conseguirla. La Buena Noticia de la Paz se ha cambiado en Ley. La traducción litúrgica puede facilitar el cambio, y el uso frecuente de «paz a los hombres

25 *Constructores de la Paz*, cap. IV, 1 y 2.

de buena voluntad» aumenta la tentación. Pero la última explicación está en una muy arraigada tradición moralizante.

Educar en la gratuidad es reconocer que la paz es posible por la buena voluntad fiel y leal de Aquél que bendice a su pueblo. Así podremos evitar un doble riesgo: el de la desesperanza, porque ni yo ni los otros, ni este ni aquel bloque tienen buena voluntad. Y, por otra parte, el de decretar que los otros son los de mala voluntad, e iniciar entonces la cruzada, el castigo, la represalia, la ejecución correspondiente.

Reconocer que la paz es don permite, por el contrario, hacer la paz en paz. Liberados de la necesidad de autojustificarnos, podemos buscar con alegría y eficacia que se «destruyan las armas de guerra». Las tareas antes señaladas, al hilo de los textos veterotestamentarios, no son entonces cargas pesadas sino gozosas posibilidades que se abren a quienes creen que El es nuestra paz.